

Los colectivos de dislexia afirman que los centros ignoran cómo tratar a estos niños

Piden que las carreras de Educación incluyan en sus planes de estudio los trastornos de aprendizaje

La pedagoga Cristina Porto, con un niño disléxico.

ÁGATHA DE SANTOS - VIGO Las asociaciones de dislexia, entre éstas la gallega, que este fin de semana celebran en Palma su cuarto congreso nacional, exigen que las carreras universitarias relacionadas con Educación tengan en cuenta en sus planes de estudio los trastornos de aprendizaje como la dislexia, con el fin de que los profesores conozcan cómo detectarlos, algo fundamental para que los especialistas médicos los diagnostiquen y los niños puedan recibir así la atención que precisan.

Según la Asociación Galega de Dislexia (AGADIX), uno de cada diez niños gallegos tiene problemas disléxicos, por lo que el colectivo reclama a la Administración autonómica medidas de protocolo en los centros educativos para garantizar la plena integración de estos menores, ya que la falta de apoyo puede desembocar en frustración y es la causa del alto fracaso escolar que se registra entre estos alumnos.

Para difundir y sensibilizar a la sociedad sobre este trastorno, que se manifiesta por problemas de lecto-escritura, es decir, dificultades a la hora de leer y escribir, la Federación Española de Dislexia está desarrollando una campaña de recogida de firmas para que el 8 de noviembre sea declarado Día Nacional de la Dislexia.

La pedagoga Cristina Porto trabaja con niños disléxicos y asegura que son muy inteligentes y que su problema es que su proceso de aprendizaje es diferente. "Su cerebro está orientado de una forma distinta al nuestro y por eso son más lentos, les cuesta más aprender", asegura. Según esta especialista, es fundamental que estos escolares cuenten con apoyo en la enseñanza obligatoria y también en casa porque sólo de esta forma se evita que el niño disléxico vaya quedándose atrás en los estudios, lo que les ocasiona muchos problemas psicológicos.

"Si el niño ve que no avanza, que se queda rezagado, comienza a frustrarse y a no querer estudiar. Por eso no es raro que presenten tristeza, ansiedad, depresión, falta de autoestima... porque se ven distintos a los demás", asegura Porto, que lamenta que en muchos colegios no cuenten con clases de apoyo.

Tampoco los orientadores disponen de la suficiente formación para detectar este trastorno, ya que en carreras como Pedagogía se aborda de forma muy superficial, según Porto, lo que representa un agravio para el niño, ya que puede retrasar su diagnóstico.

"En una consulta el médico no ve nada anormal porque el niño no tiene problemas físicos o sensoriales.



Tiene que tener un informe del centro para que le derive al neurólogo. Es un proceso largo", comenta. La dislexia es un trastorno hereditario y permanente, pero puede paliarse sus efectos si se diagnostica a tiempo y se trabaja con el afectado. "El trabajo consiste en estimular otras áreas del cerebro que nosotros no empleamos para que aprendan a organizarse porque en general estamos hablando de niños a quienes les cuesta mucho concentrarse", manifiesta.

Medidas como dejarles utilizar la calculadora en clase y poder examinarse de forma oral ayudaría mucho a estos niños. Sin embargo, éstas sólo se aplican en función de cada centro, ya que no hay una ley que contemple estas excepciones.

"No pasa nada por decir que _eres disléxico"

Paula Autón tiene 37 años, es profesora de la Universidad de Santiago e investigadora en el campo de la dislexia. Hizo su tesis doctoral sobre la intervención con niños disléxicos y ha traducido al castellano y al gallego el test Bangor, publicado en Gran Bretaña, una prueba para diagnosticar este trastorno que ha sido adaptada a otros idiomas y que está pendiente de publicación en España.

A Autón le diagnosticaron dislexia cuando tenía seis años, pero gracias al apoyo de su familia no sólo consiguió completar la enseñanza obligatoria con éxito, sino que se licenció y posteriormente se doctoró en Pedagogía.

"Aprendí a leer y a escribir con mi madre y mi etapa escolar fue normal. No fui de sobresalientes, pero tampoco me quedaron materias. Lo que peor se me daban eran las lenguas (a pesar de ello, habla inglés)", comenta.

Reconoce que el disléxico siempre tiene la autoestima baja y que muchas veces siente vergüenza de reconocer en público que padece un trastorno de aprendizaje. Ella misma no fue capaz de decir delante de sus compañeros que era disléxica cuando un profesor, durante la clase que trataba este trastorno, preguntó si había alguna persona con este problema. "Se lo dije después, en privado", reconoce. Hoy, asegura, ha perdido ese miedo. "Ahora siempre lo digo porque creo que es bueno. Todos somos diferentes. No pasa nada por manifestarlo", opina.

Hace unos diez años, Autón descubrió que su padre padecía el mismo trastorno. Fue a través del test Bangor. "Discrimina muy bien a quien es disléxico de quien no lo es", dice. Por ello tiene confianza en que se publique en España y pueda aplicarse para el diagnóstico.